

Paseos con Robert Walser

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Wanderungen mit Robert Walser*

En cubierta: ilustración @ Marta Amigo

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Suhrkamp Verlag, Fráncfort del Meno, 1977, 2026

© De las fotografías del interior, Fundación Carl Seelig, Zúrich / Pro Litteris

© De la traducción, Carlos Fortea

© Ediciones Siruela, S. A., 2026

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 979-13-87688-76-9

Depósito legal: M-21.666-2025

Impreso en Cofás

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Carl Seelig

PASEOS CON
ROBERT WALSER

Epílogo de Elio Fröhlich

Fotografías de Carl Seelig

Traducción del alemán de
Carlos Fortea

 Siruela

Libros del Tiempo / Biblioteca Walser

Índice

Paseos con Robert Walser	9
Epílogo <i>de Elio Fröhlich</i>	197
Índice onomástico	203

«¡Qué mal nos sentimos entre las ruedas de la gran maquinaria del mundo actual, si no damos a nuestra existencia personal una consagración propia y noble!».

JACOB BURCKHARDT

26 de julio de 1936

Nuestras relaciones las iniciaron unas pocas y sobrias cartas: preguntas y respuestas breves y concisas. Yo sabía que Robert Walser había ingresado en 1929, en calidad de enfermo mental, en el sanatorio bernés de Waldau, y que desde junio de 1933 era paciente del sanatorio y hogar cantonal de Appenzell-Ausserrhoden, en Herisau. Sentía la necesidad de hacer algo por la publicación de sus obras y por él mismo. Entre todos los escritores contemporáneos de Suiza, me parecía el personaje más peculiar. Se mostró de acuerdo en que le visitara, así que ese domingo viajé, temprano, de Zúrich a St. Gallen, callejeé por la ciudad y escuché en la colegiata el sermón dedicado al «despilfarro del talento». En Herisau tocaban las campanas cuando llegué. Me hice anunciar al médico jefe del sanatorio, Dr. Otto Hinrichsen, quien me dio permiso para ir a pasear con Robert.

El escritor, de cincuenta y ocho años, acudió acompañado del portero de una casa vecina. Me sorprendió su aspecto.

Un rostro redondo de niño como alcanzado por un rayo, con un soplo de rojo en las mejillas, ojos azules y un corto bigote dorado. El cabello ya gris en las sienes. El cuello deshilachado y la corbata un tanto torcida; los dientes, no en las mejores condiciones. Cuando el Dr. Hinrichsen fue a abrochar el botón superior del chaleco de Robert, él lo rechazó: «¡No, tiene que estar abierto!». Hablaba en el melodioso alemán de Berna, el que había hablado en Biel durante su juventud. Tras una despedida del médico bastante abrupta, tomamos el camino hacia la estación de Herisau y hacia St. Gallen. Era un caluroso día de verano. Mientras paseábamos nos encontramos con muchos feligreses que nos saludaban amablemente camino de la iglesia. Lisa, la hermana mayor de Robert, me había advertido que su hermano era inusualmente desconfiado. ¿Qué debía hacer? Yo callaba. Él callaba. El silencio fue la estrecha senda por la que fuimos al encuentro el uno del otro. Con la cabeza hirviendo al sol recorrimos el paisaje, un paisaje ondulado de prados y bosque, en absoluto telúrico. A veces, Robert se detenía para encender un cigarrillo Maryland y olfatearlo.

Comida en Löchlibad. Primer deshielo, entre un vino de Berneck rojo sangre y cerveza. Robert cuenta que en Zúrich, a finales de siglo, trabajó en el Schweizerische Kreditanstalt y en el Kantonalbank. Pero solo unos meses, hasta volver a liberarse para escribir. No se podía servir a dos señores. De entonces procedía su primer libro, *Los cuadernos de Fritz Kocher*, que la editorial Insel había publicado en 1904, con once dibujos de su hermano Karl. Jamás había visto los honorarios de ese trabajo, y como se quedó en las librerías, lo habían saldado bastante pronto. El mantenerse

al margen de los círculos literarios le había causado graves perjuicios financieros, pero el divismo en boga en tantos lugares sencillamente le asqueaba. No hacía sino degradar al escritor a la condición de limpiabotas. Sí, él sentía que su momento había pasado. Pero era algo que le dejaba frío. Cuando se va camino de los sesenta, hay que saber pensar en otra forma de vida. Había escrito sus libros de la misma manera que un campesino siembra, siega, injerta, alimenta el ganado y abona. Por sentido del deber, y por tener algo que comer. «Para mí era un trabajo como otro cualquiera».

La época más productiva de su vida de escritor habían sido los siete años de Berlín y los siete siguientes en Biel. Allí nadie le había presionado y nadie le había controlado. Todo había crecido con tanta calma como la manzana en el manzano. En cuanto a su actitud humana, la época posterior a la Primera Guerra Mundial había sido una etapa vergonzosa para la mayoría de los escritores. Su literatura había adoptado un carácter venenoso, lleno de odio. Pero la literatura tenía que emanar amor, ser agradable. El odio no podía convertirse en su fuerza motriz. El odio era un elemento improductivo. Entonces, en medio de esas penosas orgías, había empezado su decadencia artística... Habían repartido los premios literarios entre falsos redtores o algún maestro de escuela. Bien, él no había podido hacer nada en contra. Pero hasta el día de su muerte no se inclinaría ante nadie por esa razón. Además, las camarillas y el compadreo siempre se eliminaban a sí mismos.

En medio de estas conversaciones intercalaba observaciones admirativas sobre *El idiota* de Dostoievski, *Vida de un vagabundo aventurero* de Eichendorff y la lírica osada

y varonil de Gottfried Keller. Rilke en cambio era para la mesita de noche de las solteronas. De Jeremias Gotthelf,¹ lo que más próximo sentía eran los dos volúmenes de *Uli*; algunas otras cosas suyas resultaban demasiado ásperas y moralizantes para su gusto.

3 de enero de 1937

Paseo por St. Gallen y Speicher hacia Trogen, que conozco de mis tiempos en la escuela cantonal. Comida en el restaurante Schäfli. En honor de mis antepasados por línea materna, que poseyeron vides durante siglos en Buchberg, en el valle del Rin, pido una botella de espeso Buchberger. Como indeseado añadido, un zumbido radiofónico; una comedia suaba. Por la tarde, en medio de un melancólico ambiente nevado, al Gäbris, donde con mi uniforme de teniente de cadetes, con el enorme sable prestado por el médico del pueblo, yo componía una estampa ridícula. A ratos, fuerte viento del este. Robert sin gabán. En el viaje de vuelta, en el tren, su rostro está espiritualmente iluminado como una antorcha encendida. Profundos, doloridos rasgos desde la raíz de la nariz hasta la boca carnosa, llamativamente roja. El andén de St. Gallen reluce de pequeños guijarros. Robert tiene lágrimas en los ojos. Fuerte

¹ Jeremias Gotthelf (1797-1854). Escritor suizo, claro defensor en su literatura de los valores tradicionales y la vida familiar.



Robert Walser el 3 de enero de 1937.
Paseo St. Gallen-Trogen-Gäbris.



Robert Walser el 3 de enero de 1937.
Paseo St. Gallen-Trogen-Gäbris.

y apresurado apretón de manos. Fragmentos de nuestras conversaciones:

Su estancia en Zúrich duró, con interrupciones, desde el otoño de 1896 hasta la primavera de 1903; ora tenía un cuarto en Zürichberg, ora en la Spiegelgasse y en Schipfe, ora en Aussersihl. Su estancia en Berlín había durado siete años (de 1906 a 1913), y otros siete su segunda estancia en Biel. A menudo le había llamado la atención que el número 7 reapareciera periódicamente en su vida.

En Berlín-Charlottenburg había tenido un piso de dos dormitorios, primero con su hermano Karl, luego solo. Por último, el editor Bruno Cassirer se negó a seguir prestándole ayuda económica. En su lugar, una rica dama de buen corazón cuidó de él durante dos años. A su muerte, en 1913, volvió a su patria por obligación. Durante mucho tiempo, recordó la tranquila belleza de los bosques berlineses. En Berna, donde pasó unos ocho años a partir de 1921, ese pasado había sido beneficioso para su producción poética. En cambio, la inclinación hacia la bebida y la pereza había tenido repercusiones negativas.

—En Berna, a veces estaba como poseído. Corría en pos de los motivos poéticos como el cazador detrás de la presa. Lo más fructífero resultaron ser los paseos por las calles y las largas caminatas por los alrededores de la ciudad, cuya cosecha intelectual llevaba al papel al volver a casa. Todo buen trabajo, hasta el más mínimo, requiere inspiración poética. Para mí está claro que el oficio del poeta solo puede florecer en libertad. Mis mejores horas de trabajo eran las primeras de la mañana y las de la noche. El tiempo que va del mediodía al atardecer actuaba sobre mí

atontándome. Mi mejor cliente era entonces el periódico *Prager Presse*, financiado por el Estado checo, cuyo redactor literario, Otto Pick, publicaba todo lo que le enviaba, incluso los poemas que venían volando como bumeranes de otros periódicos. Antes, también solía abastecer al *Simplicissimus*. Desde luego me devolvía repetidamente mis artículos porque los encontraba poco humorísticos. Pero lo que se quedaba lo pagaba bien. Por lo menos cincuenta marcos por una historieta, una pequeña fortuna para mi bolsillo.

—¿Cree que el ambiente del sanatorio y sus inquilinos le proporcionará material original para una novela?

—Lo dudo. En cualquier caso, seré incapaz de desarrollarla mientras esté ahí dentro. Desde luego el Dr. Hinrichsen ha puesto a mi disposición un cuarto para escribir. Pero me siento allí como clavado y no consigo producir nada. Quizá, si pasara dos o tres años en libertad fuera del sanatorio, conseguiría romper con todo ello...

—¿Cuánto necesitaría para poder vivir como escritor libre?

Robert reflexiona unos instantes:

—Aproximadamente 1800 francos al año.

—¿Nada más?

—Con eso bastaría. ¡Cuántas veces he tenido que pasar-me con menos en mi juventud! Se puede vivir muy decentemente sin bienes materiales. En cualquier caso, no podría comprometerme ni con un periódico ni con un editor. No quiero hacer promesas que no pueda cumplir. Todo tiene que salir con naturalidad.

Más adelante dice:

—Si volviera a tener treinta años, no volvería a escribir sin objeto, como un muchachuelo romántico, solitario y des-preocupado. No se puede negar la sociedad. Hay que vivir en ella y luchar por ella o contra ella. Ese es el defecto de mis novelas. Son demasiado extravagantes y demasiado reflexivas, y su composición es a menudo demasiado descuidada. Envuelto en la legitimidad artística, me dediqué simplemente a improvisar. Antes de su reedición, con gusto hubiera recortado *Los hermanos Tanner* en setenta u ochenta páginas; hoy creo que no se pueden hacer en público juicios tan íntimos sobre los propios hermanos.

—Hace poco que leí con entusiasmo su *Jakob von Gunten*. ¿Dónde se le ocurrió?

—En Berlín. En su mayor parte, es una fantasía poética. Algo temeraria, ¿verdad? Entre mis libros de mayor extensión, es mi favorito. —Hizo una pausa—. Cuanta menos acción hay y más pequeño es el entorno que precisa un poeta, tanto mayor suele ser su talento. Desconfío de antemano de los escritores que se exceden en la acción y necesitan el mundo entero para sus personajes. Las cosas cotidianas son lo bastante bellas y ricas como para poder sacar de ellas chispazos poéticos.

Conversación sobre el dramaturgo August von Kotzebue, cuya gracia y flexibilidad social Robert admira. Recuerda que a principios del siglo XIX Kotzebue fue desterrado un año a Siberia, y escribió al respecto una obra memorialística en dos volúmenes. También su fin había sido dramático, asesinado por el estudiante ultrapatriótico Karl Ludwig Sand. En su actitud contra Schiller y Goethe, Kotzebue había actuado como un freno reaccionario. Ro-

bert no cree en la posibilidad de que la literatura suiza progrese mientras siga anclada en lo campesino. Tendría que hacerse mundana y abierta al mundo, sin esa estrechez de miras, esa tendencia arrastrada hacia lo pequeño y rural. Elogia a Uli Bräker, el pobre hombre de Toggenburg, y sus ensayos sobre Shakespeare. Qué distintos ideales, tan superiores a los de los escritores actuales, había tenido aún Gottfried Keller, del que cita de principio a fin «Una hermosa leyenda viaja». Su *Enrique el Verde* será durante generaciones un libro amable y digno de ser leído, maravillosamente educativo.

—Hace poco un empleado del sanatorio quiso obligarme a leer *Witiko* de Stifter, pero le dije que no quería saber nada de una novela gruesa. De Stifter me bastan sus estudios sobre la naturaleza, esas observaciones incomparablemente íntimas, en las que de forma tan armoniosa ha insertado a los seres humanos. Pero ¿qué me dice de ese monstruo de la tetralogía de José, de Thomas Mann? ¿Cómo se puede osar siquiera expandir de ese modo un material de raíces bíblicas?

Sobre las revoluciones:

—Es absurdo provocar sublevaciones fuera de las ciudades. Quien no posee las ciudades no posee el corazón del pueblo. Todas las revoluciones que han tenido éxito han empezado en las ciudades. Por eso estoy seguro de que en la guerra civil española el Gobierno alcanzará la victoria final.

»La era guillermana salió al paso de los artistas y los hizo comportarse de forma excéntrica y extravagante. Cabe decir que mimó la extravagancia. Pero también los artistas

tienen que insertarse en la legitimidad. No pueden convertirse en payasos.

27 de junio de 1937

De las nieblas de St. Gallen, en coche de postas a Rehetobel. Desde allí, a pie, a Heiden y a la villa de Thal, el pueblo natal de mis antepasados por línea materna, que yace como en una cuna verde. Después de comer, a través de las vides de Buchberg, al albergue Zum Steinernen Tisch, desde el que se disfruta de una amplia vista de la región del lago de Constanza. Después, en medio de una fuerte tormenta, por el bucólico pueblecito de Buchen, cruzando las montañas, hasta Rorschach. Regresamos en tren.

—¿Sabe usted cuál es mi desgracia? ¡Preste atención! Todas esas gentes encantadoras que creen poder mandarme y criticarme son adeptos fanáticos de Hermann Hesse. No confían en mí. Para ellos no hay más que dos opciones: «O escribes como Hesse o eres y serás un fracasado». De esa forma extrema me juzgan. No tienen ninguna confianza en mi trabajo. Y por esa razón he ido a parar al sanatorio. Siempre me ha faltado la aureola de la santidad. Solo con ella se puede triunfar en la literatura. Cualquier nimbo de heroísmo, de paciencia y cosas por el estilo, y ya se tiene a mano la escalera hacia el éxito... A mí se me mira de forma inmisericorde, tal como soy. Por eso nadie me toma en serio.